

Historia de una misión espacial — Gafirele

Esta historia transcurre en la luna, aunque empieza en un hospital. Es la historia de una despedida.

Cuando Ana volvió de hablar con el médico, parecía muy contenta.

—Daniel, tengo una buena noticia: nos vamos, y no tenemos que volver más.

—¿De verdad, mamá?, ¿nos vamos a casa?

—Bueno, no exactamente. Nos vamos a una misión.

—¿Una misión? No sé si podré: estoy muy cansado...

—Tranquilo: tienes las fuerzas necesarias. Solo nosotros podemos llevarla a cabo, y este es el momento indicado. Tengo todo preparado, así que no te preocupes.

Daniel recogió de las paredes las fotos, recortes y carteles de diferentes viajes al espacio y de distintos astronautas. Los guardó con cuidado en una carpeta y dejó a su madre encargada de todo lo demás. Se despidió de sus amigos “Tortugas”, como se llamaban entre ellos. Es el mismo apodo de los tripulantes de la NASA que volarán a la luna en 2028, con las misiones del programa Artemis. Según su doctora, “Tortugas” era un nombre muy apropiado, teniendo en cuenta que la mayoría de los niños no tenía pelo. Daniel se despidió también de la médica con un abrazo enorme.

—Mamá, ya sé que me vas a decir que no, pero ¿puedo ir en el asiento delantero?

—Por supuesto. No estás aquí como mi hijo, sino como mi compañero de misión.

Daniel apretó el puño susurrando: “¡Bien!”.

—¿Y en qué consiste la misión, mamá?

—No te puedo contar mucho, porque es secreta. Pero pronto lo descubrirás. Todo a su tiempo.

Ana condujo durante más de tres horas siguiendo las señales que indicaban “Los Monegros”. Al llegar, dejó el coche en un parking, entre árboles.

—Ya hemos llegado, Daniel. Ahora debemos ponernos los trajes.

Sacó del maletero dos pequeñas maletas y entregó una a Daniel. Al abrirla, el niño se sorprendió mucho:

—¡Ala, un traje de astronauta! ¿Es de verdad, mamá?

—Pues claro. Póntelo todo, menos la escafandra: aún no la necesitamos.

Comenzaron a caminar torpemente, con el traje puesto.

—En este punto debo taparte los ojos porque, como ya te he dicho, es una misión secreta. Y no puedo dejar que veas dónde está la base.

Y así, con los ojos vendados, lo condujo hasta la cápsula espacial. Una vez dentro, le quitó la venda.

—Bienvenido a la cápsula espacial.

—¡Ala, cómo mola! ¿Qué son todos estos botoncitos?

—No te preocupes: el piloto automático se ocupa de casi todo. Y, si hay alguna incidencia, yo soy la encargada del pilotaje, así que tranquilo. Despegaremos en breve; puedes seguir el vuelo en la tablet de control.

Entonces comenzó una cuenta atrás en inglés y, tras esta, un ruido ensordecedor. La tablet mostraba, por las cámaras exteriores, el humo y el recorrido, aunque la velocidad hacía que fuera tan borroso que apenas se apreciaban las imágenes.

—Ya estamos en la superficie lunar. Antes de salir, vamos a tomar estas pastillas. La rosa para mí y la azul para ti.

—Ojalá pudiera comer siempre pastillas, como los astronautas. Ya sabes que la comida no me entra.

—Sí, cariño, lo sé. Así que esta vez solo pastilla. ¿Has pensado ya lo que vas a decir al pisar la Luna? Ya sabes que es una frase importante.

—Sí, voy a decir esa frase de la felicidad que tú siempre repites.

—¿Cuál? Ahora no caigo.

—Bueno, pues luego la escucharás.

—Vale, pero no olvides que el sistema de transmisión lo graba todo. Mira a ver lo que dices... Ponte la escafandra, y te activaré la protección del traje.

Ana manipuló los botones exteriores de ambos buzos y estos se hincharon, entorpeciendo aún más sus movimientos.

“Este es un gran momento que me hace muy feliz. Pero la vida está llena de pequeños momentos felices y, sin disfrutar de estos, no tendría sentido”.

—Una gran frase, Daniel. La gente la recordará, ya verás.

—¡Qué pasada, mamá! La superficie lunar es tal como la había imaginado. Nunca pensé que lograría estar aquí con solo ocho años. ¡Seré el astronauta más joven de la historia!

—Sí, cariño. Serás el más joven y el más valiente. Vamos al Rover, que tenemos mucho que hacer.

—¿Ves, mamá? Te lo dije. La *carrilana* que hizo el primo este año se parecía muchísimo al Rover. Bueno, este es más chulo, pero se parecía bastante. ¿Puedo conducirlo yo?

—Sí, este sí puedes. Tenemos una hora y media para el paseo lunar. Luego debemos volver.

Condujo por la superficie lunar durante ese tiempo. Por el camino recogieron algunas muestras de rocas con formas especiales y tomar fotos del paisaje con la Go Pro. De esta forma, su expedición quedó perfectamente documentada, como había visto en los blogs de temas aeroespaciales que Daniel seguía puntualmente.

Terminado el paseo lunar, volvieron a la base y, una vez dentro, se quitaron las escafandras.

—Mamá, estoy muy cansado.

—Es normal, cariño, la expedición ha sido agotadora. Ahora podrás dormir un poco — le dijo abrazándolo.

Daniel se acomodó entre sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Estuvieron así un buen rato, descansando. Ana notaba cómo la respiración de Daniel era cada vez suave y ralentizada. Tenía los ojos entreabiertos. Justo antes de cerrarlos, dijo:

—Ha sido una misión impresionante. Nunca la voy a olvidar. Te quiero, mamá.

—Yo tampoco la olvidaré. Te quiero muchísimo, mi vida.

Una lágrima brotó de los ojos de Ana y rodó por su mejilla, y cayó sobre los de Daniel. Pero el niño no despertó, porque esta historia no es un cuento.